



GUÍA DO PEREGRINO.3

Reflexións para vivir o
Año Xubilar da Franqueira

La Virgen, peregrina de la fe

+ Julián Barrio Barrio,

Arzobispo de Santiago de Compostela.

En la celebración del cincuenta aniversario de la coronación de la Virgen de A Franqueira me es grato ofrecer una sencilla reflexión sobre la Virgen, Peregrina de la fe, en unos tiempos caracterizados por las ideologías y por la influencia de la corriente cognoscitiva que se propone vivir la experiencia del misterio de la salvación mediante el simple acto del conocimiento. Desde esta perspectiva es comprensible el que hoy se haya puesto en duda la fe realista en Dios y que Dios sea percibido como la idea de la solidaridad; la divinidad de Cristo como la idea de la entrega total, y que la resurrección de Cristo sea entendida como la idea de la humanidad que avanza hacia el futuro, como el impulso intelectual hacia la consumación de la humanización, pero no como un acontecimiento histórico. Son intentos por disolver la fe cristiana en la autoconciencia humana, que se puede decantar filosófica, antropológica, social o políticamente. Todas estas interpretaciones brotan de la misma insuficiencia que radica en no tomar en serio la vinculación de la fe con la realidad, su anclaje en la historia terrena, y su concreción en lo corporal y material de este mundo.

“Bienaventurada la que ha creído...”

En este Año de la Fe el Papa nos llama a confesar, celebrar y testimoniar de manera especial la fe que debe ser algo substancial en nuestra vida y no un mero adorno piadoso. Las verdades de fe nos deben acompañar siempre y en todas las situaciones. *“Bienaventurada la que ha creído, porque lo que lo que le ha dicho el Señor se cumplirá”* (Lc 1,45), le dice a María su prima Isabel. En este sentido, la Madre de Jesús es “un miembro muy eminente y del todo singular de la Iglesia y como su prototipo y modelo destacadísimo en la fe y en el amor”¹. En ella, plenamente glorificada, la Iglesia admira la realización de la salvación de Cristo en la plenitud de su eficacia transformadora, siendo la Virgen María *imagen y comienzo* de lo que un día será la Iglesia misma. Como Madre de Cristo revela un aspecto radical de la existencia, en un peregrinaje por el camino de crecimiento y maduración interna que se inicia con el nacimiento de su Hijo y que concluye con su gloriosa Asunción a los cielos. La Iglesia, que mira continuamente a la Virgen María como su modelo, descubre en ella su imagen acabada y perfecta, porque “en ella mira y exalta el fruto excelente de la

¹ Concilio Vaticano II, “*Lumen gentium*”, 53.

redención y contempla con gozo, como en una imagen purísima, aquello que en ella misma, toda entera, desea y espera ser”². Por ello, quien fue *pre-destinada, pre-llamada* y *pre-justificada*, también ha sido *pre-glorificada*³.

Manifestación de la fe en la vida de María

La primera actitud de fe en María es la búsqueda y la aceptación de la voluntad de Dios, concibiendo en su seno a quien es el Camino, la Verdad y la Vida. Su respuesta: *“He aquí la esclava del Señor”* refleja una fe llena de esperanza y de total disponibilidad, escuchando la Palabra de Dios y atendiendo a las necesidades de los demás. Se nos dice en la Carta a los Hebreos que *“la fe firme es fundamento de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve. Por la fe son recordados los antiguos. Por la fe sabemos que el universo fue configurado por la palabra de Dios, de manera que lo visible procede de lo invisible”* (Heb 11, 1-3). Y el auto refiriéndose a Abraham, escribe: *“Por la fe, Abraham a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba”* (Heb 11,8). *“La fe de María es mayor que la de Abraham y todos los patriarcas, al estar dispuesta a abandonar los senderos familiares de su vida ordinaria para abrazar un futuro enteramente nuevo y desconocido, el que le reclama su vocación de madre y sierva del Salvador del mundo. Obediente a su fe, inicia el gran éxodo junto a Cristo, éxodo que a través de Egipto y del desierto, la conduciría hasta la cruz”*⁴. Por su fe nos recuerda que sólo en su Hijo Jesucristo tenemos la salvación, y nos ayuda a verle desde la fe. Por eso la aclamamos como *“Arca de la nueva Alianza”*, manifestando que a través de ella vino el Salvador del mundo.

Siguiendo el relato bíblico, la Iglesia nos muestra la imagen de María que *“así avanzó también en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz”*⁵, y ve en ella el modelo perfecto de la fe, *nuestro camino en el contexto de una vida centrada en Cristo*. Conocer su vida es encontrar respuestas a los interrogantes de nuestra peregrinación cristiana. No sólo debemos ser admiradores de María sino también imitadores, acogiendo el plan de Dios en nuestra vida como ella lo hizo. Supo decir *“sí”* al querer de Dios en la Anunciación, cuando se le anuncia que va a ser madre de Dios. El catolicismo es la representación definitiva de la fe en la encarnación de Dios. No hay que maravillarse de que la fe específicamente católica siempre retrocede y queda estancada precisamente allí donde desaparece la comprensión de María como el más profundo fundamento de la histórico-real encarnación. En su peregrinación en la fe la Virgen compartió la angustia de su esposo José al ver que ella estaba embarazada, preguntándose muchas veces qué debía hacer ante aquella situación. La fe se mueve en la oscuridad. Dios tiene tiempo, no tiene prisa para revelar su misterio. Son las pruebas de la fe por las que pasó María y pasamos nosotros. ¿Cómo no iban a ser una prueba para la fe de María las condiciones del nacimiento de Jesús? El ángel se comunica



² Concilio Vaticano II, *Constitución “Sacrosanctum concilium”*, 103

³ Cf. J. AUER, *Jesucristo, Salvador del mundo. María en el plan salvífico de Dios*, Barcelona 1988, 538 s.

⁴ B. HÄRING, *María Prototipo de la fe*, Barcelona 1983, 39.

⁵ Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 58.

con ella en la Anunciación pero después ya no hay más mensajes. Prueba para la fe fue la huida a Egipto. También hemos de referirnos a la pérdida y hallazgo de Jesús en el templo, ignorando María y José donde se encontraba, acontecimiento que le lleva a María a guardar aquellas palabras de Jesús en su corazón cuando le dice: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabías que yo debía estar en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49). No olvidamos su sí al pie de la cruz, prueba muy dura en la que Jesús la llama a ser Madre de la Iglesia, Madre de todos nosotros: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” (Jn 19,26). Tal vez fue entonces cuando entendió también aquellas otras palabras de Jesús: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre” (Mt 12,48-50), situando el Reino por encima de las consideraciones y de los lazos de la carne y de la sangre y proclamando bienaventurados a los que escuchaban y guardaban la palabra de Dios como hacía fielmente ella⁶. Con su actitud ante las difíciles pruebas de la fe ilumina nuestro peregrinar cristiano. Es verdad que ella es distinta de nosotros, es la *llena de gracia*, pero no es distante y nos acompaña en nuestra vida como madre, como espejo donde mirarnos y como abogada de gracia, pues con su entrega total a Dios nos motiva a realizar la vivencia radical de la fe. En este sentido su Hijo Jesucristo quiere que avancemos siguiendo su ejemplo. Hay una afirmación sorprendente, sobre cuyas consecuencias no se ha reflexionado suficientemente, del crítico historiador protestante Walter Delius cuando refiriéndose a los capítulos primero y segundo del Evangelio de Lucas, es decir, a los denominados “relatos de la infancia”, dice: “Con mano maestra Lucas ha diseñado aquí un retrato de María, que contiene en sí todas las características del culto a María en su desarrollo a lo largo de los siglos”⁷.

Signo de esperanza para toda la Iglesia

La Madre del divino Redentor, “glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma”, se ha de considerar como la primera consecuencia de la resurrección de Cristo. Es el mejor testimonio de la eficacia de la gloria del Cristo resucitado. Su glorificación es, pues, un signo de esperanza para toda la Iglesia que peregrina hacia la casa del Padre en medio de *los consuelos de Dios y las turbaciones del mundo*, como escribe san Agustín, luchando contra el pecado y la muerte. Ella, “llevada a la gloria del cielo y elevada al trono por el Señor como Reina del universo”⁸, brilla ante el pueblo peregrino de Dios como *señal de esperanza cierta y de consuelo*, avivando en los fieles el deseo de los bienes del Reino, cuya posesión plena obtendrán por la resurrección, y siendo también referencia para la realización de su propio destino histórico. La figura de la Virgen se convierte en la clave interpretativa de la dignidad actual y futura del hombre creado a imagen de Dios y redimido por su Hijo Jesucristo, y de la gloria de Dios que encuentra su razón de ser en que el hombre adquiera la plenitud de la visión de Dios⁹.



⁶ Cf. *Ibid.*

⁷ W. DELIUS, *Geschichte der Marienverehrung*, München 1963, 26.

⁸ Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 59.



Devoción a María

En este punto de la reflexión es obligado considerar el principio de que todo misterio de fe debe tener su reflejo y su irradiación en la piedad personal, en la veneración y en la celebración litúrgica. Los misterios de fe no son sólo verdades teóricas, sino que expresan realidades vivas, que se adentran en el corazón del hombre e interpelan su vivencia más profunda. Por esto, mariología y piedad mariana van siempre unidas. La mariología, como disciplina teológica, tiene que mostrar a todo devoto de María que ella es sólo un exponente del misterio humano-divino de Cristo y, por ello, no puede separarse de esta referencia.

La auténtica devoción a María, Abogada de gracia, se asienta sobre esa base. Por ello, esta devoción es capaz de desarrollar extraordinariamente referencias determinantes, que precisamente mediante María vinculan singularmente con Cristo. En ella, la doncella virgen y madre del Señor, el misterio de Cristo despliega todo su humano resplendor y luminosidad, convirtiéndose como un campo magnético de luz que conduce al centro emisor, Cristo. De esta forma, la devoción a María es un fuerte impulso para una inmersión cada vez más profunda en el misterio de Cristo, un impulso, del que una fe viva en Cristo no puede prescindir. “Los fieles, nos dice el Concilio Vaticano II, deben recordar que la verdadera devoción no consiste ni en un sentimiento pasajero y sin frutos ni en una credulidad vacía. Al contrario, procede de la verdadera fe, que nos lleva a reconocer la grandeza de la Madre de Dios y nos anima a amar como hijos a nuestra Madre e imitar sus virtudes”¹⁰.

+ Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela.



⁹ “La gloria de Dios es el hombre viviente; la vida del hombre es la visión de Dios. Si la manifestación que hace de sí mismo creándolas confiere la vida a todas las criaturas que viven sobre la tierra, cuánta más vida da la manifestación del Padre por su Verbo a los que ven a Dios” SAN IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses*, 4, 20,7.

¹⁰ Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 67.